

LXVI.

PRINCIPIA EL FIN. .

Entre tanta monotonía, que cual nube obstinada aumentábase más en el castillo de Parque verde, la señora infeliz había descubierto una novedad dolorosa, y era la cada vez mayor asiduidad de John cerca de Julia. ¡Cuán alegre se hubiera puesto la óptima madre á poderse lisonjear de que su hijo empezaba á sentir inclinación, no por la napolitana, sino por alguna otra joven de condiciones á propósito para él! A varias de éstas hacía diestramente ir á su

casa, bajo el pretexto de banquetes, de fiestas, ó de vivir algunos días como en el campo. Desgraciadamente John dejaba pasar ante sus ojos la fantasmagoría con una indiferencia glacial. No era más galante con ellas que con su madre. Mistress Needle se desesperaba. Las únicas demostraciones simpáticas del joven eran para Julia; pero aun estas parecían evidentemente cosa muy académica, que no interesaba poco ni mucho las fibras amorosas del corazón.

Como alcanzaba perfectamente que miss Julia no hubiera agradecido ni tolerado entrevistas á solas en su habitación, se hacía encontradizo cuando entraba en el jardín con sus alumnas, lo cual sucedía diariamente. Caía sobre ella como un gavián que por ella hubiese volado mucho de continuo. Su madre algunas veces se ponía en asecho detrás de las percianas, viéndole llegar unas veces con un libro en la mano y otras con un papel que sacaba de la cartera, conversando juntos no poco rato. Lo que más la ofendía era ver á Clara y á Clemencia dejar sus juguetes para oír las disputas de su hermano con su maestra. Preguntaba luego con disimulo á sus hijas, las cuales sólo sabían responder que John

suscitaba grandes cuestiones sobre la Misa, las Indulgencias, el Purgatorio, etc., etc.

Poco tiempo más tarde tuvo ella misma ocasión de oír con sus oídos tales conversaciones, y de conocer que el gran estudio en que John estaba sumergido era casi el último adios á las creencias anglicanas. Una mañana de vacación, habiéndose puesto las niñas en el columpio delante de la ventana del edificio, entreteníase Julia por allí en un trabajo de ganchillo. Unos cinco minutos después de ocupar un banco adherido al muro, llegó John. Mistress Needle, que le había visto salir de casa precipitadamente, imaginando lo que sería, no le quitó los ojos, viéndole detenerse delante de Julia, hojear un manuscrito, y luego sentarse á su lado.—Esta vez, dijo ella, has caído. Quiero oír la conversación.—Habiendo entrado poco á poco en el piso bajo, se puso á escuchar en la ventana bajo la cual estaba disertando John y Julia. Aquél decía:—Es la única dificultad que tengo. Por lo demás, estoy persuadido como sir Roberto Smith cuando recitaba la retractación. Comprendeis, empero, que aquí está el todo ó nada.—

Llenóse de horror mistress Needle al oír esta revelación, no del todo inesperada, y

con mayor ansiedad esperó las palabras de Julia, que modesta y tranquilamente respondió:—¿Qué quereis que os contese? No soy doctora en Teología; pudiera únicamente repetir mi Catecismo. Si quereis ver hasta el fondo de la cuestión, preciso será que consulteis libros.

—Lo haré, sin duda de ningún género, ó, mejor dicho, lo hago continuamente. Mas no concluyo de ver claro. Me parece la cosa más que fuerte cuando leo en los maestros católicos que un hombre de carne y hueso como yo sea infalible como Dios. Paréceme que un hijo de Adán pretende demasiado al querer subir á tal altura; perdonad miss Julia, si vislumbro aquí algo soberbio é insufrible.

Sin embargo, sir Roberto Smith y cien mil otros *coerreligionarios* vuestros, entendieron la cosa como debían, juzgándola sumamente razonable. Todo está en reconocer los principios y los fundamentos. Atended: ¿qué inconveniente teneis en admitir que gira el globo terráqueo alrededor del sol? Ninguno, porque los primeros elementos de la cosmografía bastan á descubrir las razones perentorias y evidentes. Intentad, con todo, referir tal hecho de la mecánica celeste á un negro del Sahara, y

hallará una dificultad grandísima, creyendo que lo convertís en blanco de vuestra irrisión.—

Mirtress Needle, que detrás de las persianas no perdía frase, temió que Julia entrara en cualquier peligroso catecismo y concluyera de cojer el gobernalle, temió también que las niñas quedasen escandalizadas si acudían, como de costumbre, á escucharlo, y procuró desviarlas. Salió sin hacer ruido de la habitación, asomándose junto al dintel de la casa. Sus hijas, dejando incontinenti el columpio, corrieron á encontrarla muy festivas.—¿Dónde está la maestra?—preguntó. Más ella y John, que se habían levantado, se presentaban ya. El joven dijo con acento extraordinariamente afectuoso:—Sentaos aquí, aquí, mamá, con nosotros, y conoced mis ideas.... hace mucho tiempo que no me oís hablar de religión. (Erá cierto, porque desde el día de su mayor edad formó el propósito de no contender con su madre). Más no por ello he cesado de combatir conmigo propio. Estoy sediento de verdad y no puedo vivir sin ver el fondo de ciertas cosas.

—Tú sabes bien, respondió la madre, que de algunas no procuro ver ni aún la superficie.

—No importa: lo hareis por mí. Dad testimonios de que procedo razonablemente.—

Mistress Needle indicó á las niñas que volviesen á sus juegos. En vano: daban vueltas alrededor de su madre con tan dulces halagos, que no tuvo alientos para despedirlas. John empezó, levantado y con el rostro encendido, como si hubiese de pronunciar algún discurso importante:—Si llegára yo á persuadirme de la infalibilidad de una iglesia, pertenecería á ella hoy mismo, aunque fuese la católica....

—¡Dios no lo permita! exclamó la madre por ímpetu natural.

Y la razón es clara, continuó diciendo el joven: cuanto enseña una docente infalibilidad, es indudable. Más aquí está para mí el obstáculo insuperable (la madre respiró), que acaso cambiará toda la dirección de mi vida religiosa. Me parece un absurdo flagrante suponer infalible á un hombre. La Escritura, sí es infalible, por ser palabra de Dios, y de Dios parlante; pero el hombre no: nadie puede cambiar su naturaleza y comunicarle un atributo propio de la Divinidad, por cuyo motivo podrá siempre caer, engañarse y engañar. Vedlo en la práctica: ¿cómo puede Pio IX, por ejemplo, asegurar que la Virgen pura fué

concebida sin pecado? Se trata de un acontecimiento que dista de nosotros diez y nueve siglos, ignorado por la antigüedad, del cual no hay rastro en las historias, ni tampoco indicios en las Escrituras; por consiguiente, si el Espíritu Santo no se lo revela, Pio IX no puede saberlo. Ahora bien: ¿cree alguno en tales revelaciones? Nadie, ni aún los católicos. Si no tiene infalibilidad el Papa (los historiadores católicos son los primeros que cuentan los errores y los pecados de los Pontífices), ¿cómo la tendrá la Iglesia? Poned juntos cien hombres, reunid aunque sean mil en Concilio, cubridles de mitras y tíaras, siempre se quedan hombres, apartados del cielo, ignorantes de los arcanos de Dios, que nos moverán á risa si se jactan de ser infalibles. Hay más aún: ni siquiera los Papas reconocen su propia infalibilidad realmente. ¿No son ellos los que reúnen Concilios para instruirse? ¿Los que tienen confesor, al cual dicen sus pecados? ¿Quién puede compaginar semejante absurdo? ¡Un infalible que busca consejeros para no errar! ¡Un infalible que yerra y se confiesa caído en culpa! Esto, concluyó diciendo John dirigiéndose á su madre, me parece incontroverti-

ble y sin embargo, asegura miss Julia que todo proviene de la ignorancia mía.

—No he pronunciado esta palabra dijo la joven.

—No os disculpeis: habeisla dicho en otros términos, parangonándome con un salvaje que razona, ó; mejor dicho, disparata sobre astronomía.

—!Qué! dijo Julia enérgicamente: jamás he pretendido asemejaros á un salvaje! Sólo lo quise decir que los que desconocen ciertas cuestiones hacen mal procurando resolverlas.

—Basta, repuso John pacíficamente: dejemos las cuestiones de palabras. . . .

—Las de palabras y las de cosas, replicó Julia. Jamás he pretendido ser sino maestra de Clara y Clemencia. Si os place contender, discutir y objetar, la Inglaterra está llena de grandes hombres, que han llegado á ser católicos, á fuerza de raciocinio, estudio y meditación: no teneis más que consultarles.

—Pero vos, ¿qué contestais?

—¿Yo? Nada.—

John quedó mudo un rato. Había ya desistido cordialmente de proclamarse prosélito del puseismo, á causa de no descubrir en él sacerdocio, iglesia, sacrificio, ni

Eucaristía; por el contrario, pareciale un refinamiento de los errores anglicanos, unidos á la profanación del sacramento de la Penitencia, con formal idolatría hacia el pan de la Cena no consagrado. Sólo que, llegado á este punto, el antiguo desdén, contra el papismo hervía de nuevo en sus entrañas y ofuscaba su mente de tal modo, que no sabía discurrir. Desvariaba locamente contra el poder é infalibilidad de la Iglesia, sin descubrir el hilo de las cuestiones, agitándose entre tinieblas y quimeras con secreto orgullo, como si navegara en un mar de luz, pareciéndose sin duda en esto á muchos de sus correligionarios, y también á ciertos católicos, que, desprovistos de doctrina, se dan aires de doctores en tales materias, con una presunción tan ridícula como fanesta. Hallábase por ello á punto de renegar de todos los progresos logrados hasta entonces, y de prescindir de toda deliberación religiosa. Ahora bien; hallando á Julia tan opuesta á entrar en el fondo del asunto, iba confirmándose más que nunca en la persuasión de que aquel sería el lado débil del Catolicismo.

Julia, por el contrario, tenía sus motivos para no salir al palanque con facilidad. A

solas con él, no se hubiera hecho rogar mucho para decir francamente su parecer, ya que para poderlo y saberlo decir había estudiado el punto completamente; más en presencia de mistress Needle parecía que no debía dar la batalla campal. Comprendía que la extraviada señora no le perdonaría nunca que hubiese dado el último empujón á su hijo, cerrándose así todas las puertas para ganar á la familia. La sacó de sus apuros la misma mistress Needle, que, notando el silencio de John, pronunció estas palabras:—Lo mejor sería que todo esto se dejase á un lado, mayormente ahora que, como mayor de edad, debes promover la religión en la parroquia de nuestro *jus-patronato*. Así no se suscitarían nuevos disgustos, ya que Dios, por gran merced, acaba de quitarnos de los ojos el espantajo de la capilla independiente.

—Todo está maravillosamente bien, respondió John muy enardecido por sus meditaciones; más quisiera que vos y miss Julia reconociérais que tengo razón así como que no puedo argumentar de una manera más clara y decisiva.

—No hay duda, respondió la madre. No puedo acabar de comprender que pierdas el tiempo en tales fruslerías, ni que te

devanes los sesos inventando, por añadidura, la necesidad de estudiarlas y convertirlas en objeto perenne de cuestión.

Entonces Julia, para sacar á salvo el honor de su fe, añadió:

—Sin embargo, no hay un asunto que haya ejercitado de tal modo los ingenios más robustos, los cuales, penetrando en su pasaron de las iglesias protestantes á la fondo, Iglesia católica. Basta entender la cosa de una manera debida, y se desenvuelve con facilidad, deslumbrando su esplendor.

—¿Cómo la desenvolveríais vos, miss Julia? preguntó ávidamente John.

Julia, casi forzada por último á salir de sus trincheras:—Me atendería yo á mi Catecismo, es decir, á las lecciones elementales de religión que recibí cuando niña... Me displice no haber conservado mis cuadernos.

—Los habreis conservado en la memoria, dijo John, empeñado en volver al tema.

Los he conservado, sí: ¿qué duda cabe? Me apaciento con ellos todos los días cuando veo á las iglesias no católicas hacer el balancín, como Clara y Clemencia lo hacen allí bajo aquel peral, ó más bien cuando convertidas en juguete del mar en borrasca.

Entonces me siento firme, segura, inmóvil é inaccesible á las olas de las opiniones humanas, mirando con sincera compasión á los que á mí alrededor van á merced de la fortuna agitados todos los días por la tormenta (al decir esto se volvió á mistress Needle con cierta malicia), sin atreverse á inquirir la verdad siquiera, por miedo de ver su brillo.

—¿Y si todo esto, añadió John para que hablase más, sólo fuera un lindo sueño del que sigue á merced de las olas?

¡Qué! respondió Julia, ¿no se ha de distinguir el sueño de la verdad y el mar de la tierra?

—Vamos: decidme claramente lo que respondeis á mis dificultades.

—Respondo, ya que absolutamente lo quereis, que todas nacen de haber hecho un montón de cuestiones mal propuestas y de hipótesis falsas, así como de combatir á su alrededor, gastando vuestra lógica excelente.

—Distinguid, pues, las cuestiones, y ponedlas en orden si podeis.

—Comenzad, dijo Julia, por prescindir de la definición del dogma de la Inmaculada. Para esto se necesitaría un tratado especial. Es falso que no haya huellas en la

Escritura; más falso que no sea cosa revelada á la Iglesia, siendo así que la profesa toda ella; lo es más aún que Pio IX pretendiese definirlo por personal é inmediata revelación del Espíritu Santo. El Vicario de Cristo no hizo más de lo que hicieron sus predecesores; observó que era un dogma muy viejo, creído en la Cristianidad universalmente, y fundado en la Escritura, declarando en su virrad que todos los cristianos debían admitir la creencia, siendo herejes cuantos lo negasen.

—Más

—Más tened paciencia; yo no puedo referiros un tratado. Leyendo los autores vereis que digo la verdad. Luego de vuestras dificultades quitareis la siguiente (perdonadme), casi pueril.—El Papa puede pecar, por consecuencia no es infalible — Formad el silogismo entero, y palpateis que no exajero: El que peca es falible. El Papa puede pecar. Luego el Papa es falible. No veis que la mayor es *aechifalacísima*? El que peca es falible por lo que hace á su acto, más no se sigue que lo deba ser enseñando la verdad ¡Cuántos jueces obran mal y juzgan bien! ¡Otros predicán bien y se conducen mal! Así el Papa pue-

de pecar como hombre y enseñar rectamente como Vicario de Cristo.—

Sintió John alguna vergüenza por haber caído en error tan grosero, y quiso excusarse; pero Julia no le dió tiempo, continuando así:

—También debéis comprender mejor la infalibilidad que se atribuye á la Iglesia y á su Jefe. No se dice que los Papas ni otros deban pronunciar oráculos á su antojo, en virtud de continuas revelaciones que reciban del Espíritu Santo; sino que la Iglesia y su Jefe son asistidos por el Espíritu Santo al perpetuar la revelación recibida por Jesucristo, al proponerla, explicarla ó defenderla, y aun valiéndose de los medios sugeridos por la prudencia humana. Por consiguiente, vuestra gran dificultad que parecía una montaña, se transforma en un llano, porque con la infalibilidad así entendida, no se cambia la naturaleza de los hombres, ni se les comunica los atributos divinos. Decidme; como buen protestante, ¿no admitís que los escritores de la Biblia sólo escribieron purísima verdad?

—¡No faltaba más! dijo John.

—Pues bien; los Profetas y los Evangelistas, al escribir sus divinas páginas, ¿es-

taban por ello *trashumanados* y divinizados? No: para que resultasen infalibles basta la inspiración de Dios que les asistía. ¿Cuánto menos debéis tener reparo en admitir una infalibilidad que sólo se refiere á la conservación de las verdades ya reveladas? Toda la cuestión, por tanto, de la infalibilidad de la Iglesia y del Papa, se reduce á saber si están ó no asistidos por el Espíritu Santo en lo referente á la fe y á las costumbres. Los católicos creen, como yo, que sí; por consiguiente, vivimos seguros de las enseñanzas de la Iglesia, y nos embriagamos con su luz. . . .

—¡Gracias á Dios! dijo entonces el joven interrumpiéndola. Ahora por fin, habéis entrado en la cuestión.

—Entrad también en esta vía, y saldreis infaliblemente á buen puerto—

Mistress Needle fué á levantarse, principalmente para evitar el peligro de las niñas; pero John la detuvo con una mano:—Quedaos, mamá, si llega Julia hoy á conseguir que veo negro lo á blanco blanco lo negro, alguna novedad extraordinaria ocurrirá. Oid vos también.—Cedió la madre, como siempre, y como siempre de mal humor.